

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

AGOSTO 31 DE 1927

NÚM. 6

Ricardo E. Latcham

El problema de los araucanos

SUS ORÍGENES Y SU LENGUA

Si se puede poner en duda el que los fueguinos formen parte de la misma rama etnográfica que los otros indios de Chile, no es posible dejar de reconocer que todos estos últimos constituían una sola familia. (p. 49).

Sin duda los indios de Chile eran entonces (a la llegada de los españoles) tan bárbaros como las tribus más groseras que los conquistadores hallaron en América. (p. 50).

La ocupación de una parte de Chile por los vasallos del Inca importó un gran progreso en la industria de este país. En efecto, los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos... Hicieron sus siembras y enseñaron prácticamente los principios de la agricultura. Importaron algunas semillas... Nos referimos al maíz... y a una especie de frejol que nombraban *purutu pallar*. Importaron también las llamas... Enseñaron a utilizar la lana de estos animales en la fabricación de tejidos, toscos y groseros sin duda, pero superiores a las pieles con que hasta entonces se vestían los chilenos. Se debe, además, a los vasallos del Inca la introducción de otro arte—la alfarería... Todo nos hace creer que los indios chilenos se hallaban, antes de la ocupación peruana, en un estado de barbarie semejante al de muchos otros salvajes de América. (pág. 68 a 72).

BARROS ARANA.—*Hist. de Chile*. Tomo I.

LOS párrafos que hemos transcrito, publicados en 1884, forman una síntesis del tema desarrollado por el gran historiador Barros Arana en la monumental obra de erudición

—La historia de Chile. Han formado la base de todo lo que, desde entonces se ha publicado en los textos de historia respecto de los indígenas de esta tierra, y es lo que se enseña en las escuelas, los liceos y hasta en los cursos universitarios. Más aun, hay autores que pretenden ser especialistas en la materia que repiten y propagan las mismas noticias, y con argumentos imaginarios o ficticios hacen aparecer a los indígenas chilenos como un pueblo infeliz y salvaje, cuyos únicos conocimientos de una cultura un poco más avanzada se debían a la introducción entre ellos, por los incas, de las artes e industrias de una civilización superior.

Y, sin embargo, todo esto es erróneo y falso y completamente contrario a las enseñanzas de la etnología y la arqueología modernas. Si era disculpable en el tiempo en que escribió Barros Arana, no lo es en los momentos actuales, y es preciso reaccionar y modernizar los textos en cuanto a la prehistoria del país.

Examinemos por un momento las premisas de semejantes aseveraciones, para ver si pueden lógicamente sostenerse.

Se sabe de una manera que está fuera de duda, que la primera invasión del actual territorio chileno por los incas tuvo lugar en la segunda mitad del reinado del Inca Tupac Yupanqui. Según las más aceptables cronologías modernas, este monarca reinó entre los años 1448 y 1482 D. C. y la invasión del norte no tuvo lugar antes de 1460. Esta primera incursión de los incas no alcanzó sino hasta el valle de Coquimbo. Veinticinco años más tarde, o sea por los años 1485 a 1490, los generales de Huayna Capac, hijo del anterior monarca, extendieron sus conquistas por el Sur, hasta el Maule, límite en esa dirección de sus conquistas.

Cuando llegó Almagro al valle de Quillota o Chile, en 1536, las guarniciones peruanas habían ya abandonado el país y sólo quedaban algunas colonias de *mitimaes* o trasplantados, de origen peruano, en diversas localidades del centro y Norte del territorio.

Queda de hecho comprobado que el dominio efectivo de los

incas en las provincias centrales de Chile no duró sino unos 45 o 50 años y en las provincias de Coquimbo y Atacama unos 25 años más.

No obstante, cuando llegó Pedro de Valdivia, este jefe encontró en todo el país, hasta el golfo de Reloncaví y la isla de Chiloé, una agricultura avanzada, practicada por los indios de todas las zonas, una ganadería en gran escala, una población que vestía ropa de lana y que tenía varias artes e industrias desarrolladas. Estos adelantos se notaban no solamente entre los indios directamente sujetos a los incas, sino igualmente entre los de las provincias australes y Chiloé, alejadas de toda influencia incaica.

¿Sería posible que en el corto lapso de 40 o 50 años el contacto con una cultura superior pudiese producir semejantes resultados si los indígenas hubieran sido tan salvajes como los pintan Barros Arana y Guevara? La experiencia humana, en toda parte del mundo donde ha sido posible hacer observaciones al respecto, nos enseña que no. Todo cambio de cultura es necesariamente lento y obra de muchas generaciones, especialmente cuando se trata de las primeras etapas culturales. La prueba de ello la tenemos en el Perú y Bolivia, donde, después de cuatro siglos de roce y contacto con una civilización superior, los quechuas y los aymarás mantienen todavía la mayor parte de sus antiguas costumbres, modo de vivir y supersticiones.

Luego, los estudios arqueológicos nos demuestran que muchos siglos antes de la llegada de los incas, y aún antes que éstos existieran como nación, habitaron en el suelo chileno, pueblos dedicados a la agricultura, que tenían tropas de llamas, que tejían la lana de estos animales para vestirse, que fabricaban una muy buena clase de alfarería y que aun conocían la metalurgia.

Para los efectos de este estudio podemos hacer caso omiso de los pueblos que residían al norte del Choapa, que conviene tratar en un estudio separado.

Al sur del Choapa y hasta el golfo de Reloncaví, cuando llegaron los españoles, hallaron que se hablaba una sola len-

gua, con muy pequeñas diferencias dialécticas, a la que en tiempos modernos se ha llamado, muy impropriamente, araucana.

El pueblo que hablaba esta lengua se ha considerado como homogéneo y único. Al igual de la lengua que hablaba, se ha llamado araucano o mapuche, denominación tan impropia como la dada al idioma.

Es de este pueblo que queremos hablar ahora, para ver modo de aclarar un poco las ideas todavía corrientes respecto de él.

Desde el año 1888 hasta 1908, estudiamos con bastante detenimiento la antropología física de la antigua población indígena de las diferentes regiones del país, examinando para el efecto más de 700 cráneos sacados de las viejas sepulturas. El resultado de este estudio lo publicamos en un trabajo titulado *Antropología Chilena*, presentado al 4.º Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago a fines de 1908. En él establecemos que lejos de la homogeneidad preconizada había una heterogeneidad completa y que se notaban las mismas mezclas étnicas que eran comunes a todos los países. Quedaba en pie, sin embargo, el hecho de que desde tiempos remotos, probablemente desde la primera población, se hablaba una sola lengua en toda la zona, desde el Choapa hasta la isla de Chiloé, siendo esta la lengua que hallaron los españoles a su llegada.

Una de las razones que tenemos para considerar muy antigua esta lengua es que, dentro de los límites indicados, casi la totalidad de los nombres geográficos de origen indígena pueden interpretarse por ella, lo que indica que no ha influido otra en la región, porque en semejante caso se notarían sus influencias, como pasa en las provincias del Norte, que eran más expuestas a las invasiones de otros pueblos, cuyo paso ha quedado patentizado en la nomenclatura de aquellas regiones.

Los pocos nombres extraños que se observan en las provincias centrales son fácilmente explicables por otro motivo, sobre el cual volveremos más adelante.

Resulta entonces que en toda la región mencionada hallamos un pueblo heterogéneo, de muchos diversos orígenes, pero que hablaba una sola lengua. A primera vista esto parece una ano-

malía, pero el problema no presenta serias dificultades, y la arqueología nos ayuda en parte a descifrarlo. [Antes de la llegada de ningún pueblo de cultura adelantada, existían en el litoral dos o más pueblos de pescadores muy primitivos, cuya condición era parecida a la de los fueguinos de hoy. Con toda probabilidad hubo intermezclas entre ellos mismos y entre ambos y los más civilizados que después llegaron. Luego, habitaban en la cordillera otros tres pueblos diversos, los chiquillanes, enfrente de Santiago hasta el volcán de Maipo, los pehuenches entre Chillán y Lonquimay, y los puelches entre Llaima y el golfo de Reloncaví. No sabemos cuando llegaron, pero los hallamos establecidos allí en tiempo de la conquista española. Todos estos elementos se mezclaron en mayor o menor grado con el pueblo más culto y todos adoptaron la lengua de éste. Dichos pueblos eran de estirpes distintas, algunos eran dolicocefalos, otros braquicefalos, y como resultado de su parcial fusión, hallamos los más diversos tipos craneanos. Los pueblos cordilleranos a que hemos hecho referencia, eran nómades y durante los meses invernales bajaban a las Pampas Argentinas, llegando en sus correrías hasta la Patagonia y el Atlántico.] Tenían la costumbre de robar las mujeres de otras tribus, de manera que eran de raza bastante mezclada. Todos estos elementos entraban en la población de la zona de que hablamos, y posiblemente otros de que no tenemos noticias. [Pero al ponerse en contacto con el pueblo más culto, que a la vez debe haber sido numéricamente superior por todas partes, adquirieron la lengua de estos, hablándola con pequeñas diferencias locales, las que constituían los dialectos notados por los cronistas. Así se explica la diversidad de tipos étnicos y la uniformidad de cultura y lengua en toda la región.]

La población de Chile, a la llegada de los españoles, era regularmente densa, especialmente por la costa y por los valles de los principales ríos. Cálculos prudentes la hace subir a un millón y medio, de los cuales la inmensa mayoría habitaba al Sur del Choapa. Pero no tenía consistencia, carecía de todo gobierno centralizado y aún de una organización tribal que le diera cohe-

rencia. Cada pequeña comunidad, que consistía exclusivamente de unas pocas familias emparentadas, vivía aislada e independiente de las demás y se unían sólo en el caso de gran necesidad, en tiempos de peligro o en ocasión de alguna gran fiesta ceremonial.

Como pueblo, no tenía nombre genérico, y los cronistas no hallaron otro modo de expresarse para hablar de los indígenas en general, que llamarlos los indios de Chile. Barros Arana, comentando este hecho, dice: «Los indios chilenos no formaban un cuerpo de nación que hubiese tomado un nombre general. Se designaban entre sí por la denominación que daban a las parcialidades territoriales, o por la situación respectiva que ocupaban. Huilliches eran los del Sur; picunches eran los del Norte; puelches los del Este; pero estas denominaciones, en que se ha insistido más tarde como medio de clasificar las tribus, eran vagas e indeterminadas, y relativas al lugar en que se hallaban». (p. 52).

(Vemos entonces la anomalía de existir un pueblo de más de un millón de miembros, que no tenía un nombre con qué designarse. Se ha llamado mapuche y araucano, y aunque consagrados por el uso, ambos nombres son impropios, quizá menos el primero.) Araucano es un nombre que presenta serios inconvenientes, como luego tendremos ocasión de verlo.

Cuando llegó Pedro de Valdivia al Bio-Bío, halló esa región poblada por gente de índole diferente de la de más al Norte. Era más fiera, más soberbia, más intratable y más guerrera. Hizo una oposición tan enérgica que los españoles no la pudieron subyugar y con varias alternativas no siempre favorables a las armas europeas, mantuvo su independencia por más de tres siglos de constantes luchas contra todo el poderío de los invasores.

Dicho pueblo no sólo era más indomable, sino que en muchos respectos tenía una cultura diferente e inferior a la de sus vecinos del norte. (Ocupaba la zona comprendida entre el Itata por el Norte y el Toltén por el Sur, desde el mar hasta la región sub-andina.)

Se ha conocido en la historia con el nombre araucano, no porque le era propio, sino que, inventado por Ercilla, para referirse a los indios de Arauco, su uso se ha extendido para abarcar a todos los indios de guerra, llegando a ser genérico para todos los indígenas de la zona.

- Investigaciones antropológicas y arqueológicas han demostrado que este pueblo era intruso en la región, que era de diferente origen y linaje de los demás habitantes del país y que su estada en éste había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venido de las pampas argentinas, donde llevaba la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cuero de guanacos, a la manera de los patagones, estos moluches o gente de guerra ingresaron por los pasos bajos de la región, posesionándose del valle del Cautín. Poco a poco aumentaron en número por un desarrollo natural y probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones.

Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura. No obstante, conservaron muchas de sus antiguas costumbres pampeanas, y éstas nos permiten establecer su origen. A la vez, aprendieron los rudimentos de ciertas industrias corrientes entre el pueblo que reemplazaron, pero con mucha menos perfección; entre ellas la del tejido y de la alfarería. Adquirieron también la lengua chilena, perdiendo la suya propia después de algunas generaciones. Todo esto se hizo más fácil por la costumbre de casarse con las mujeres de otros pueblos, en este caso con las mujeres del pueblo nativo. Las industrias que adquirieron eran justamente las practicadas por las mujeres, la agricultura, la alfarería y el tejido, y éstas fueron aportadas por el elemento femenino. Igual cosa pasó en la adquisición de la lengua. Sabido es que la lengua que aprenden los niños es la materna, y siendo la mayor parte de las madres nativas del suelo, en poco tiempo la lengua de las nuevas ge-

neraciones se había convertido y la paterna decayó y se olvidó.

Como entidad étnica, este pueblo no se extendió fuera de los límites geográficos que hemos indicado, y aun dentro de esta zona sus caracteres físicos variaban algo con la región que ocupaban, a causa de las diferentes mezclas que se originaron entre los invasores y las tribus antes radicadas allí. Las tribus pescadoras que ocupaban las costas y que deben haber sido bastante numerosas en esa comarca, eran todas de baja estatura, de manera que no es de extrañarse que los araucanos costinos hallados por los españoles fuesen también bajos. Los del valle central, donde se habían mezclado principalmente con el pueblo más culto de que hemos hablado, eran de estatura mediana, y en cambio los de la región sub-andina eran más altos, debido a sus constantes mezclas con los pehuenches, pueblo de gran talla, emparentado evidentemente con los tehuelches de las pampas del sur. Sin embargo, todos se reconocían como formando parte del mismo pueblo, aun cuando cada grupo o comunidad conservaba su autonomía e independencia sin conocer ningún gobierno o control central.]

[Al Sur del territorio ocupado por ellos, entre el Toltén y el golfo de Reloncaví (las actuales provincias de Valdivia y Llanquihue), se refugió el remanente del antiguo pueblo culto, separado de sus hermanos del Norte y empujado hacia el Sur por la cuña introducida por los invasores. A este grupo, bastante numeroso, se le ha llamado *Huilliches*—gente del Sur—y a pesar de ser una designación netamente geográfica, el nombre se ha consagrado por el uso y es muy conveniente para distinguir dicha entidad. Para los araucanos eran huilliches, de la misma manera que los que habitaban al Norte del Itata eran *Picunches* o gente del Norte.]

Como no existen nombres propios para indicar estas grandes divisiones del pueblo indígena, hemos adoptado, en nuestros escritos, estos términos, los que recomendamos a los futuros investigadores, para que haya uniformidad en los estudios, con el significado que les hemos dado, a saber:

[*Dicunches*, los indígenas que en tiempo de la conquista española habitaban la región entre el Choapa y el Itata.

Araucanos, el pueblo invasor, que en la misma época moraba entre el Itata y el Toltén, y

Huilliches, las tribus del mismo origen que los *Dicunches*, que quedaron relegadas al territorio al Sur del Toltén, hasta el golfo de Reloncaví.]

No queda duda respecto de esta división, ni de la forma en que se produjo y las pruebas son de tres categorías: históricas, antropológicas y arqueológicas.

Los cronistas no confundían los araucanos con los huilliches y siempre hablaban de ellos como entidades distintas. Carvallo y Goyeneche, hablando de los primeros, dice categóricamente: «Jamás fueron comprendidos en ellos los serrano puelches, pehuenches, huilliches y tehuelches; *ni los residentes entre el Toltén y el grado 42, recurrieron nunca a los parlamentos celebrados con los gobernadores, ni tomaron parte en sus guerras internas ni contra los establecimientos de la frontera*»*.

Diego Rosales dice que los huilliches eran de distinto carácter e índole que los araucanos, gente de mayor amabilidad y menos guerrera.

El mismo Pedro de Valdivia, al hablar de los indios del Sur del Cautín, los pinta como distintos de los araucanos. Dice que su tierra era «próspera de ganado como la del Perú, y abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios, así como maíz, papas, quinua, madí, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca... vestida toda de lana a su modo».

Pérez García dice que la región propia de los araucanos se hallaba «entre los ríos Bio-Bío por la parte septentrional y Toltén por la austral» y habla de la provincia de los *huilliches*, los que considera pueblo aparte.

[Horacio Lara, en su *Crónica de la Araucanía* (1889), dice:

* VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ, *Descripción histórica y geográfica del Reino de Chile*.

«Es fuera de duda que no data de muy remotos siglos la radiación de la actual raza araucana.

«Parece que la familia de los araucanos *invadió nuestro territorio en lejanos tiempos en que yacía otra raza diversa en nuestro suelo, la que fué subyugada y absorbida por la araucana, según los indicios que se han descubierto de haber poblado este país un núcleo de habitantes más adelantados que los araucanos y demás tribus que poblaban este país a la época de las dos últimas invasiones, la incásica y la española.*»

Lara indudablemente estaba sobre la pista. Reconoció que los antiguos restos que se hallaban en diversas partes del país no podían haber pertenecido a los araucanos y a la vez no eran incaicos. Desde luego, deben haber pertenecido a un pueblo anterior a estos dos. De lo que no se dió cuenta era que este pueblo existía todavía, fuera de la zona araucana, en el tiempo de la conquista española.

En cuanto a las diferencias antropológicas entre los araucanos y los pueblos que habitaban al Norte y al Sur de ellos, las hemos publicado en detalle en otra parte*. [Se pueden resumir como sigue: Los araucanos eran de mayor estatura y más fornidos que sus vecinos, sin ser por eso un pueblo de más de mediana estatura. Su cabeza era más grande y más redondeada, aunque no tan ancha, siendo su índice cefálico medio mucho menor. La cara de los araucanos era más ancha y más aplastada, más abullada en la región de los pómulos y con una quijada más cuadrada y más recia. Los huesos del esqueleto eran también más fuertes y de mayores dimensiones que en los del Norte y en especial en los del Sur, los huilliches, quienes, con algunas excepciones, parecen haber sido de baja estatura y de más débil confectura.]

Por otra parte, autores argentinos nos hablan de los araucanos de las pampas, pero las descripciones que nos dan de ellos no coinciden en absoluto con la de los araucanos chilenos. M. de la Vaulx, dice que eran de cuerpo pequeño y mal for-

* *Antropología Chilena*. Buenos Aires, 1909 y Santiago, 1911.

mado, estatura 1.57 mt.; cabeza grande y ancha, nariz chata, ojos ligeramente elevados en su borde exterior, aspecto feo, cráneo braquicéfalo.*

Ten Kate,** en un estudio de 119 cráneos de esta raza, provenientes de Buenos Aires, Salinas Grandes y de la Gobernación de la Pampa, dice que el 22% de ellos eran deformes.

No podemos reconocer en estas descripciones las semejanzas que los autores atribuyen a los Mapuches o araucanos chilenos. Estos últimos no han tenido jamás, desde su llegada a Chile la costumbre de deformar la cabeza; su estatura era mucho mayor y el cuerpo pequeño y mal hecho de los argentinos no corresponde al tronco desarrollado y robusto de los indios de Chile. Otros puntos de diferencia son: el mayor índice cefálico entre los argentinos, otra forma de nariz, ojos y órbita de distinto carácter y, en general, un aspecto más varonil por parte de los araucanos chilenos. Si los dos pueblos han descendido del mismo tronco, deben haberse separado en tiempos remotos, o bien las mezclas sufridas con los antiguos pobladores chilenos produjeron una seria modificación de tipo.

Es indudable que este pueblo que los autores de fines del siglo XIX confundieron con los araucanos chilenos eran de estirpe pampa o puelche, como los llamó el Padre Falkner, pero no está aún establecido si el pueblo invasor, fundador de nuestros araucanos, era o no emparentado con ellos. Opinamos que no.

La arqueología, hasta ahora muy poco estudiada en la región, demuestra, sin embargo, que hubo un tiempo en que se hallaba por toda la zona la misma cultura que hallamos en Chile central y que ésta se extendía hasta Llanquihue. En varias de las sepulturas que exploramos en aquella región entre los años 1890 y 1895, encontramos alfarería pintada y otros artefactos que jamás fabricaron los araucanos; pero que eran muy semejantes a muchos de los objetos representados en el atlas de *Los Abo-*

* *L'Anthropologie*, 1898.

** *Contribution a la Craniologie des Araucans Argentins*, Rev. del Museo de la Plata. Tomo IV. 1892.

rigenes de Chile, de José Toribio Medina, única obra de referencia que en esa época existía sobre antigüedades chilenas. Más tarde, cuando pudimos hacer investigaciones propias en las provincias centrales, pudimos confirmar nuestra opinión de que existía una identidad en la cultura de las dos zonas, cultura que había sido interrumpida por la intrusión de los araucanos, pero que continuaba en una forma modificada en las provincias australes, más allá del Toltén.]

Los araucanos habían aprendido los rudimentos de la industria alfarera, pero producían solamente piezas utilizables para usos domésticos, como grandes vasijas para guardar chicha o granos, ollas de dos o tres tipos, jarros y pequeños cántaros. Raras veces fabricaban otros tipos, y los platos, fuentes y otras formas, tan comunes entre sus vecinos, faltan casi por completo entre ellos, al igual de toda la alfarería decorada ya sea modelada o pintada. Muchos de los objetos que los picunches fabricaban de greda, los araucanos los hacían de madera. La industria de labranza de la madera era una de las a que prestaron preferente atención, y en esto se distinguían de sus vecinos, que usaban relativamente poco este material.

[También el sistema de entierros era distinto en los dos pueblos. Los araucanos eran la única gente que se ha conocido en Chile que sepultaba a sus muertos en ataúdes de madera. Estos ataúdes eran labrados de un tronco ahuecado a fuego y con hachas de piedra, de la misma manera como fabricaban las canoas o piraguas con que cruzaban los ríos o navegaban los lagos. Los tapaban con otro tronco mayor, excavado del mismo modo. En un principio, colocaban estos ataúdes en los ganchos de algún árbol, costumbre traída de la Pampa y que persistía hasta mediados del siglo pasado entre algunas de las tribus sub-andinas.] Los indios de las pampas patagónicas construían catafalcos o plataformas altas, consistentes en cuatro estacas elevadas entre las cuales extendían un cuero de guanaco, o bien una armazón de ramas, y sobre este descanso tendían el cadáver, dejándolo allí dos o más años hasta que los huesos quedaban completamente limpios, para llevarlos a enterrar

en los cementerios de la tribu, a veces a centenares de leguas de distancia. Vestigios de esta costumbre era la práctica de los araucanos de dejar los cadáveres en los árboles. Solamente después, acostumbraban a sepultar los muertos en el suelo. [Los pueblos prearaucanos jamás usaron estos ataúdes y sepultaban los muertos directamente en el suelo, a veces en cistas formadas de lajas, pero más comúnmente en grandes hoyos, rodeando el cadáver con una hilera de piedras. Es en estas sepulturas donde casi siempre se hallan piezas de alfarería pintada, las que jamás se encuentran en las sepulturas araucanas.]

Descubrimientos recientes, hechos en Concepción y la vecindad, vienen a dar mayor confirmación a estos datos. La alfarería hallada en Concepción, hemos podido conocerla gracias a las fotografías que tuvo la amabilidad de mandarnos el señor Oliver Schneider, Conservador del Museo de esa ciudad. Lleva las mismas decoraciones que la encontrada en la antigua cerámica de las provincias al norte del Cachapoal, y es a la vez, semejante a la que hemos sacado de sepulturas en Tirua, Chol-Chol, Nielol, Contulmo y otras partes de la frontera.

Las numerosas investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en diferentes partes del país durante los últimos veinte años, y la coordinación de sus resultados con las efectuadas en el Perú, la Argentina y Bolivia, nos permiten ahora establecer una cronología aproximada de las diferentes estratificaciones culturales del Norte y centro de Chile. Según ella, [se sabe que el estilo decorativo hallado en las sepulturas prearaucanas de las provincias entre el Itata y el Toltén, pertenece a la última época preincaica, la que hemos llamado *chicha-chilena*, porque predominan en ella las influencias chinchas que, entre los años 1100 y 1400 invadieron todo el Norte y centro del país y el Noroeste de la Argentina, extendiéndose hasta Valdivia y Llanquihue.

Como la irradiación de estas influencias era lenta, no es probable que hayan llegado a las provincias meridionales antes del siglo XIII o XIV, y podemos fijar con casi seguridad esta última fecha como el límite más antiguo para la llegada a la región del pueblo intruso que hemos llamado araucano,] o sea un

máximum de dos siglos antes del arribo de los españoles. Por eso probablemente los hallamos todavía en un estado de transición, habiendo abandonado la mayor parte de sus antiguas costumbres, no habían completamente absorbido la cultura más avanzada de sus vecinos, aunque iban en camino de hacerlo.

Es una opinión muy arraigada entre los chilenos, que el pueblo araucano formó la base del mestizaje que constituye la gran masa de la población, y es costumbre de jactarse de que muchas de las cualidades de la raza y en especial el valor y fiereza del roto chileno se debe a esta mezcla. Pero tal cosa es un profundo error. De todos los elementos étnicos que han entrado en la formación del pueblo chileno, uno de los que ha tomado menor parte es justamente el araucano, y esto por una razón muy sencilla.

Desde la llegada de los españoles, hasta después de la independencia, los araucanos mantenían constante guerra con los invasores europeos y jamás fueron subyugados como los demás indígenas del país. Las dos razas eran constantes enemigas y se profesaban un odio mortal, que dificultaba todo contacto amistoso y las mantenía siempre alejadas una de otra.

En cambio, los indígenas más pacíficos y más fácilmente domados de las provincias del centro, se unieron francamente con los españoles, y, desde el principio de la ocupación, comenzó una mezcla íntima entre los dos elementos, que ha continuado hasta ahora. Uno de los resultados de este intenso mestizaje fué que poco a poco los indígenas y los mestizos perdieron su propio idioma para adquirir el de sus dominadores, hasta que desapareció por entero la lengua nativa, en todas partes, a excepción de la región araucana, donde no se efectuó la mezcla y donde los indios mantenían su independencia, sus costumbres y su lengua.

Así, por una curiosa anomalía, el pueblo intruso de origen pampeano ha sido el único conservador de los restos de la antigua cultura indígena y de la lengua antes hablada en casi todo el país, ambas, indudablemente, en forma bastante modificada.

Debido a esta circunstancia y tomando en cuenta lo que han sostenido todos los cronistas de que esta lengua se hablaba desde

el Choapa hasta Chiloé, se ha supuesto que se trataba de un solo pueblo, cuyos únicos sobrevivientes son los araucanos actuales; y sobre esta suposición se ha formado una serie de fábulas que hoy por hoy no son sostenibles.

Ahora, en cuanto al otro punto de nuestra tesis: la cultura incaica en el centro y Norte del país, conviene corregir algunas de las ideas erróneas que se han arraigado entre nosotros y que todavía encuentran propagadores.

Hemos visto que el tiempo que duró el dominio incaico en el país era breve, del todo insuficiente para convertir a un pueblo en estado de absoluto salvajismo y barbarie, como algunos autores quieren pintar a los indios chilenos antes de la llegada de los incas. Hemos visto también que setecientos u ochocientos años antes que llegaran éstos, existía en el país una cultura avanzada, que conocía la agricultura, el riego de las tierras, la domesticación del ganado y las industrias del tejido, de la alfarería y de la metalurgia. ¿Cuáles, entonces, eran los grandes beneficios que aportaron los incas a la cultura chilena? A nuestro ver, ninguno de gran novedad e importancia. Introdujeron cierta estética nueva, algunos métodos más adelantados, mayor orden político y administrativo, la construcción de edificios de adobe, que fueron poco adoptados por los chilenos, tapias con barda y, quizá, en las provincias centrales, el cierre de los predios con pircas, costumbre ya antigua en el Norte. En cambio, impusieron un tributo a toda la región bajo su dominio. Este consistía principalmente de oro, en pepas o en polvo, que era llevado todos los años al Cuzco. El oro se fundía en las fundiciones imperiales establecidas en diferentes localidades, de las cuales se conocen una en Coquimbo y otra en el valle de Chile, hoy Quillota. El oro se fundía en discos, los cuales eran marcados con el pecho de una mujer, una de las insignias imperiales.

Los incas establecieron numerosas guarniciones y construyeron pucarás o fortalezas en los puntos estratégicos. También establecieron en numerosos puntos colonias de *mitimaes*, gente tran-

quila y trabajadora, traída de diversas partes del imperio y radicada en medio de los centros más poblados, para enseñar las costumbres y la lengua del Cuzco y para servir de maestros en aquellas artes e industrias que fuese necesario implantar.

Todo esto es muy lejos de lo que alegan Barros Arana y Guevara. Córdova y Figueroa anduvo mucho más cerca que ellos, cuando escribió: «Lo que dominaron los incas quedó en estado de mejor política; y enseñaron a los naturales *con alguna más perfección* la agricultura y los términos de la equidad tan necesaria para el bien vivir de los hombres, y ésto se vió en Copiapó y Coquimbo donde se hablaba su idioma».

Los *mitimaes* mandados a las provincias centrales por el Inca eran de diversos pueblos y lenguas, y de aquí resulta que hallamos en la toponimia de aquella región muchos nombres geográficos que no son nacionales y que no pueden interpretarse por la lengua araucana. Algunos de éstos son de origen aymará, otros del quechua, otros del atacameño, y otros aun se derivan del dialecto chincha, usado en la costa del sur del Perú.

Cada colonia solía nombrar el lugar de su nueva residencia por aquel de su *ayllu* o comunidad de origen. Así tenemos a Lima-che (Rimac-che) gente de Lima o Rimac, Colla-hue, el lugar de los collas o aymarás; Pomaire, nombre netamente atacameño (compárese con Socaire, Ampaire); Aconcagua, que recuerda a Ancocagua en Bolivia, Lliu-Lliu, Cuz-Cuz, Llai-Llai y otros que son todos derivados de la lengua atacameña, hallándose en la provincia de Antofagasta, otro Cuz-Cuz, Chiu-Chiu y Chug-Chug. Pero quizá la colonia más importante era la establecida en el valle de Quillota, que se llamaba el valle de Chile, porque los indios allí radicados venían de Arequipa y dieron al río Aconcagua, en esa parte, el nombre de aquel que regaba la tierra de su origen. En el curioso libro del Dr. Ventura Travada, publicado en 1752 y titulado *El suelo de Arequipa convertido en Cielo*, p. 66, leemos: «Tiene la ciudad (Arequipa) cuatro ríos: el Chile, el de Paucarpata, el Mollebaya y el que llaman río Postrero. El río Chile le dió este nombre la

antigüedad gentilica, derivándolo de Chilina, que así se llama el pago donde comienza a explayarse su vistosa vega, y significando Chilina en la lengua indiana el tuétano, le conviene con gran propiedad a este río el nombre de Chile; así por el meduloso color que trae en sus corrientes en tiempo de aguas, como por ser las limosas lamas que le tienen de tan acendrada sustancia que como el tuétano es la más principal y sustancial que tienen los cuerpos, de la misma suerte estas lamas que roba este río de los barriales de las márgenes que tienen en su origen, fecundan los campos de Arequipa, etc.»

En el mismo departamento, provincia de Camaná, al pie del nevado de Sallaly, hallamos la quebrada de Chile y cerca de Quilca hay unos *andenes* antiguos, prehispánicos, que todavía se llaman Chile-pata.

No queda duda que los mitimaes trasplantados de la región de Arequipa dieron al valle que vinieron a ocupar el nombre de Chile, en recuerdo de su patria. El cacique Michimalonco (Mitima-lonco, jefe o cabeza de los mitimaes) era uno de los terratenientes del Inca, a la llegada de los españoles, como queda constancia en la historia.

Almagro llegó hasta el valle de Chile, o como se decía entonces, el valle de los Chiles, y allí estableció su último campamento general, aunque su general Alvarado hizo una expedición hacia el Sur, llegando hasta el Maule a aun más allá. Cuando volvió al Perú Almagro, los que le habían acompañado, al referirse a su expedición, dijeron que habían llegado hasta Chile, el nombre del último valle en que acamparon. Este nombre se hizo general, al hablar de toda la región al Sur del Desierto de Atacama. En aquel tiempo no había en América nombres de países en el sentido en que hoy los empleamos, y cada valle y cada distrito tenía su denominación particular, que a menudo era también el de la tribu o comunidad que lo ocupaba y los españoles, al referirse a un grupo cualquiera de indígenas, le daban el nombre del valle o localidad en que residía.

Es esa la verdadera explicación del nombre Chile. Nombre

extraño a la región en que fué hallado, se aplicó a cierta parte del valle de Quillota por los mitimaes venidos de Arequipa que se radicaron allí y, por circunstancias fortuitas, extendido a todo el país por los españoles. Inútilmente se ha tratado de interpretarlo por medio del Araucano, forjando a su rededor muchas fantasías, siendo su explicación tan sencilla, tan lógica y tan en armonía con los verdaderos hechos.